

1. La colonia jardín

Anton Invierno se crió como hijo de un constructor de violines en un enorme jardín, en una época en que aún era posible nacer dentro de un destino. La colonia jardín se fundó en otro tiempo por hijos de fabricantes y médicos naturistas, por ascetas de labios secos y algunos sabios, por campesinos y mujeres altas con sombreros de paja, cuando el Estado se diluía, y la ciudad se había vuelto tan triste y el hombre tan desorientado que tuvo que acudir a la naturaleza para renovarse. Las damas se sentaban entre ruibarbos y fresas, y los caballeros se inclinaban desde las ventanas de casa para recoger el fruto de los árboles. Los niños corrían desnudos por la propiedad que era de todos, y por la noche se cenaba con los pies descalzos sobre la hierba. Si al principio fue una reunión de gente tan diferente como el día y la noche a la que unía una idea, después fueron las muchas ideas que se unieron a esa primera las que volvieron a separar al grupo: mientras los unos condenaban el progreso, los otros criticaban el estancamiento.

Cuando Anton Invierno vino al mundo, hacía tiempo que la trama de aquella comunidad del principio se había

desanudado y reducido a una gran familia difícilmente abarcable que había emergido de los amoríos del pasado y permanecido fiel al jardín. Aún se cultivaban uno o dos campos, y se cuidaban el huerto y el jardín de plantas medicinales, pero muchos trabajaban en la ciudad, a la orilla del mar, tan distante de los niños. Quienes no obtenían su subsistencia en la granja viajaban a diario durante una hora hasta que los montes se empequeñecían tras ellos, los prados se convertían en calles entrecruzadas y el suelo irregular desaparecía en el agua inquieta. Ese viaje de una hora unía dos mundos tan contrapuestos que en el jardín no se hablaba de la ciudad, ni en la ciudad se hablaba del jardín, como si hacerlo fuera algo impropio. Ambos lugares existían como universos paralelos, el uno, donde no había más que tierra y montes que se reflejaban en las caras angulosas de sus habitantes, y el otro, donde la marea borraba esos mismos ángulos y arrugas. Se mantenía a Anton y los demás niños lejos de la ciudad y del mar, como si se temiera que su visión pudiera corromperlos. De modo que ellos y los mayores quedaban solos en el jardín y tenían todo el tiempo del mundo.

Según la hora del día, en la casa inmensa y los dos edificios auxiliares anexos vivían entre veinte y treinta personas. En medio de prados, campos y bosques, lejos de las carreteras, aparte de los vecinos, tan distantes que no se les llegaba a ver, engarzados en un jardín disparatado cuyos bordes se fundían en el paisaje. La mansión principal, ya vieja cuando Anton era niño, medio granja, medio hacienda, con la viña silvestre enganchada en la fachada amarilla desmoronada y en el porche de madera, con la gran puerta,

las bóvedas de cañón y el tejado a cuatro aguas, parecía peculiarmente desprendida del tiempo, y las historias de las vidas de sus habitantes estaban registradas en capas en sus paredes y en el solar. Todo vivía y transformaba sin cesar su forma, llegaba, se iba, echaba raíces y desaparecía en esa colmena. Había un movimiento incansable que, con la cadencia del ir y venir de los habitantes, se registraba en el caos de la casa. El jardín parecía una alegoría de lo bueno, de lo malo, y de toda suerte de secretos; los viejos se sentaban bajo los magnolios, y los niños se llevaban los cálices de las lilas a los oídos y escuchaban el interior como si fueran un magnetofón que llamaba a grandes aventuras. Todas las cosas crecían y morían unas al lado de las otras, en aquel jardín donde los hombres movían sus asientos según la posición del sol, igual que las plantas, y dirigían sus rostros a la luz, para luego dejar caer las cabezas cansadas, cuando se hacía oscuro.

Para Anton Invierno la niñez estuvo rebotante de hierbas altas y rosas de té, y de manzanas verdes en los árboles a las que se miraba a lo largo de todo el verano con tal codicia que acababan por enrojecer avergonzadas. Los viejos y enfermos estaban en casa y, cuando se sentaban entre las campánulas, la luz del sol les traspasaba la fina piel hasta el esqueleto con la misma ternura que si fueran una de ellas. El nacimiento estaba tan metido hasta los huesos que no había que temer a la muerte. El mundo hacía ostentación de su grandeza y los cielos pasaban volando sobre las pequeñas cabezas hasta que uno se familiarizaba con ellos. De noche, las lilas se abrían a millares, de modo que se diría que un murmullo recorría el jardín. Los niños

se encaramaban en los magnolios y no pensaban en nada, así les pertenecía todo. Cantaban como pájaros en las ramas para sus tías y tíos abuelos, y para los bebés y los más pequeños que se ponían junto a los viejos en el prado a la sombra de la linde del bosque. Los días de peluquería se arrodillaban llorando en una silla y miraban cómo caían al suelo los cabellos que cortaba la madre con tijeras brillantes, mientras los demás se reían alrededor. Todo cabía en aquel jardín. Nada era entonces imposible. El cielo estaba tan lejos como la luna. Las tías se sentaban junto a las abejas con sombreros grandes como ruedas de coche y bebían té caliente al sol. Las mejillas de las mujeres eran tiernas como panes de ofrenda y, cuando se reían, crecían en ellas pequeñas olas. Los camisones y sudarios blancos ondeaban en los tendedores, y los niños se metían por debajo de la tela hinchada por el viento y hacían como si fueran fantasmas. Si alguien moría, se reunían de noche en el jardín y miraban a las estrellas del cielo, y era como si, a través de la grieta de la muerte, los supervivientes otearan en el universo en pos del muerto. Se ponía el oído en tierra para escuchar a los difuntos, y entonces uno se estremecía un poco. Nada olía más vivamente que la tierra suelta del túmulo reciente en el lindero del jardín por el que habían corrido descalzos en verano.

En los túmulos crecían frambuesas que se metían en la boca unos a otros con tal afán que era como si quisieran hacerse muy grandes, y los que ya lo eran traían a casa por la noche a la bisabuela en brazos, sin esfuerzo, como si no fuera más que un trozo de leña. Si uno se pasaba con los juegos de niños, se le ponían los ojos vidriosos y le subía

una fiebre que le obligaba a meterse en la cama, mientras afuera los demás seguían haciendo jaleo ante las ventanas. Los niños andaban por ahí todo el día sin que nadie se ocupara. ¿Qué le podía pasar a uno fuera, en el mundo? Había una convención de la que no se hablaba. Detrás de las ventanas empezaba el mundo, y detrás de las cercas aguardaba un destino. Los jóvenes buscaban con la urgencia del inicio los caminos que querían recorrer, y los viejos terminaban humildemente los que eligieron tiempo atrás. Los niños eran niños de paja cuando estaban echados en los prados de verano, y fetos que dormían en los árboles con coronas de madera, como si los hubiera aspirado el bosque cuando descansaban después de haberse internado profundamente en él. Cuando se hacía tarde, en casa había bizcocho caliente donde calentarse las manos frías del aire libre, y venía una música suave de los rincones. Los viejos sostenían los violines en el regazo, como si fueran niños, y los hacían sonar de vez en cuando en el porche, envueltos en mantas, con las tazas llenas de zumo de manzana y las bandejas del pan y la mantequilla junto a sus bancos. Todos acudían en masa por la noche. Las madres acunaban a los bebés acompasadamente, los padres los arrojaban riendo al aire. Los adultos venían con los coches de la ciudad y los niños acudían corriendo de todas las direcciones. Los perros de la granja rodeaban a los que volvían y les lamían la sangre de sus rodillas magulladas. Luego en el jardín se contaban unos a otros sus peregrinaciones y novedades, y se apaciguaban bajo la serenidad de los abuelos que por su parte estaban deseosos de su exuberancia, hasta que todos se calmaban. Entonces enmudecían

también los pájaros regañones en los árboles y se dormían callados como frutos con las cabezas en su plumaje, mientras las flores se cerraban lentamente y el jardín se volvía húmedo y oscuro por la noche.

La casa estaba siempre llena de historias de buenas noches para los niños, de miles de pasos, y del olor ácido que ascendía de los paños empapados en vinagre con que se envolvían las piernas de los enfermos. Los caballos de balancín galopaban enjaezados a través de la noche y eran tan buenos amigos como los perros que corrían en torno a las piernas de los niños. Se ponía el oído en el tórax de los animales domésticos durmientes, y se oían los latidos del corazón de los gatos como tambores. Las mujeres se quitaban sus anillos y pendientes, y los depositaban en la mesilla con manos blancas. Se hacía girar por última vez el zoótropo para que los niños pudiesen soñar con las pequeñas imágenes de los caballos saltando. Se alisaban las arrugas a los viejos, inclinándose sobre las camas, y a los hermanos Anton y Leander les cerraban sonriendo los libros bajo las mantas ásperas. Muchos años después, Anton creía recordar que su madre olía como un ángel cuando se sentaba junto a él por la noche para darle un beso. Y se acordaba de la sombra que le caía a él sobre la cara antes de que los labios de ella lo tocaran. Luego sólo quedaba la luz de los niños que los padres enfrentaban al paisaje transformado de la noche, aquella minúscula lámpara en el cuarto de los niños, las sombras de las velas parpadeantes y las voces de los adultos que llegaban desde el porche. Estaban echados con las cabezas en sus grandes rizos mullidos, escuchaban los ruidos raros, y clavaban los ojos en

el estrecho cono de luz hasta que se les cerraban. Siempre se estaba caliente en la cama. Se dormía como un tronco y las noches eran muy largas. Se las quería tanto como se temía la oscuridad. El despertar por la mañana era un florecimiento. Era como si los niños se hubiesen hecho un poco más grandes en la incubadora de la noche y ahora tuvieran que crecer en el mundo y estirar los miembros, como si los cuerpos se abrieran igual que flores plegadas con la primera luz.

En los niños se repetía el eterno crecimiento que todos conocían. Los habitantes del jardín criaban a los niños para un futuro del que apenas se empezaba a tomar medida, que luego crecía meticulosamente a la vez que la vida, y que arraigaba en los pequeños pasos de ayer y los grandes deseos de mañana. Encerraban ángeles de la guarda en medallones, y colgaban con las cadenillas de oro una bendición como un juicio sobre la vida de los niños. Se exhortaban mutuamente a crecer, a ser más y más grandes. La abuela sermoneaba que el futuro sería esa serie de signos siempre crecientes que vistos en retrospectiva se interpretarían correctamente. Y el abuelo añadía que el futuro también incluía todos los malos presagios de los que nada se había sabido, y entonces encendía su pipa en el porche como si quisiera envolverse en humo por protección.

Anton era un niño que se contagió tanto del entusiasmo por la vida como también por el de la muerte. Los habitantes hablaban mucho de la muerte en su jardín, porque ¿cómo se iba a morir uno en paz si se callaba al respecto? Para ellos era válido que lo que no se tenía en los

labios tampoco se tenía en el corazón. Y Anton se acostumbró enseguida a los cambios que la vida trae consigo. Encontraba emocionante que la naturaleza disolviera, en un vaso de agua, en una tormenta, en un invierno, todo lo que hacía nacer. Que murieran las personas de su entorno jamás le causó inseguridad. La familia era lo bastante grande como para compensar toda mortandad, y reconciliar cada muerte con un nacimiento, una boda o sencillamente una visita inesperada. Todo lo que era compartía el mundo con todo lo que sería. Cuando lo comprendió, se asentó en el muchacho una calma crónica, y se convirtió en un niño a su aire sin ningún miramiento por lo que pensarían los otros, un solitario inflexible que dirigía una mirada rigurosa al mundo que le rodeaba. Amaba expresamente todo aquello que era viejo, y todo lo que envejecía. Estaba fascinado por los muertos que cada pocos años yacían húmedos en su lecho mortuorio y a los que su madre acariciaba en los ojos con las puntas de los dedos, antes de que los enterraran en el jardín. Y le gustaba sentarse con los enfermos que no podían salir más del jardín y los miraba como se contempla un cielo estrellado. Se detenía respetuoso ante las mujeres que llevaban un feto en su interior, como había oído decir a su abuela, y pensaba inquieto a lo largo de todo el verano que crecía una gran manzana en sus barrigas. En sus correrías por el bosque encontraba muchas veces pájaros caídos del nido y pequeños animales heridos que llevaba a casa enjaulados en el hueco de las manos, y los confiaba a su hermano, cuya ambición era cuidarlos para que sanaran. Leander quería suceder al abuelo alguna vez y hacerse cargo de la farmacia,

cuando su tío, que ahora la llevaba, fuera demasiado viejo, y él mismo, lo suficientemente mayor. Anton se conformaba con asomarse día tras día a las cajas y nidos contruidos por él mismo y echar un vistazo a las patitas y alas que crecían juntas gracias a Leander, mientras los animales le miraban espantados con ojos mudos. Veía lo dañado como algo especial. Elogiaba lo único y su destructibilidad. Le gustaba lo estropeado, el sitio donde la curación se exponía y se insertaba una presencia eterna. Su hermano daba fricciones a las aves enfermas, como había aprendido de su abuelo, con vinagre de rosas y unguento de manzanilla que robaba del armario del despacho de la farmacia cuando nadie miraba.

Mientras el hermano iba por la vida con las manos ácidas de vinagre y recomponía lo dañado, Anton recorría el mundo y recogía los errores y bellezas de la creación. Estaba cautivado por la armonía de los minerales y la geometría del crecimiento cuyo orden sólo aparecía destruido de vez en cuando. En las estanterías del cuarto de los niños había mudas de pieles de culebras, lamentables como casas abandonadas, que se avergonzaban porque se habían quedado pequeñas para sus moradoras. En el cuarto había un olor leñoso, animalesco y dulce a pelo infantil y todavía blanco lechoso de los hermanos. Los pollos enfermos piaban en el suelo. De noche relucían como fuegos fatuos a través de la oscuridad los ojos de los acogidos. Los cráneos cocidos de pequeños animales salvajes recargaban los pliegos de papel de dibujo y los cuadernos escolares. En la repisa de la ventana había grandes conchas extrañas que el abuelo había traído de una visita a la ciudad. En los bolsillos

de los pantalones, Anton llevaba resina endurecida como el cristal donde se veían las huellas de los dedos si se ponía a contraluz. Y en torno al cuello, la cadena de dientes de leche que la abuela solía ensartar uno tras otro, conforme se los iban llevando una vez que se desprendían, en un hilo fino como una telaraña que colgaba a los niños del cuello, hasta que todos se habían caído.

En verano, cuando los tomates se secaban al calor en las repisas de las ventanas, a Anton le gustaba estar en el fresco de la despensa, donde, junto a los quesos y zumos de saúco, en la balda más alta, solían estar también los frascos donde la abuela guardaba todos los abortos que en el curso de su vida salieron demasiado pronto de su vientre y de los que no quería separarse. Los nietos los miraban sólo muy de vez en cuando, para demostrarse unos a otros su valor, pero Anton vagaba muchas veces solo por la despensa. Hora tras hora, el niño pedía a todos los que pasaban que lo levantaran para poderlos observar y, si los adultos estaban demasiado ocupados, trepaba por las estanterías a escondidas y sin ayuda ajena. Como si fueran parte de un truco de magia, los seis envases estaban cubiertos con paños oscuros para protegerlos de la luz. Anton Invierno entrecerraba los ojos y levantaba los paños uno a uno, conteniendo la respiración, como un mago. Bajo las telas dormitaban mundos fantásticos de tejidos y células nerviosas, criaturas envueltas en una tierna piel mojada a través de la cual se veía como si fuera un cristal de ventana. Había una fosforescencia silenciosa en la despensa. Los cuerpecillos diminutos parecían blancos como la luna. Flotaban en formol y ascendían ingravidos hasta

la tapa de los frascos. En las etiquetas de mermelada estaba escrito con la letra de la abuela el año de su nacimiento y la fecha de su pérdida. Con los ojos bien abiertos, Anton se mantenía en la estantería de puntillas, como en un escalón, y comparaba lo que veía con lo que conocía de los atlas de anatomía del abuelo. Allá había una ilustración de apenas un dedo de ancha, del tamaño de un caballito de mar, y un homúnculo dormido tras un cristal que se agarraba el pecho con el puño cerrado como si su corazón siguiera latiendo. Los ojos de los fetos eran negros, o les brillaban tras los párpados cerrados como si no estuvieran muertos, sino sólo soñando. En el cráneo transparente se les extendían arterias rojas como un árbol. Eran habitantes primitivos fósiles que el tiempo no transformaba. Eran los peregrinos sin nacer del mundo, los que murieron mucho antes de que el nacimiento y el destino pudieran caer sobre ellos, y sonreían petrificados con esa sonrisa que sólo se tiene en la cara antes de despertar.

Para Anton Invierno aquellos pequeños muertos eran como un agradable polo de calma en aquella casa y jardín donde tanto se vivía día tras día. Así que pasaba incontables horas con aquellos seres tras el cristal. Le gustaba verlos.

De niño, se espera mucho y se tiene mucha expectativa. El niño posee ese tiempo indecible para contemplar el mundo. Va a tientas por el mundo y despierta a los objetos. Nunca más sabe tanto, ni se promete tanto de ellos. Nunca más mira tan modestamente a todo lo que está presente a su alrededor. Los globos oculares son globos terráqueos donde opera una fuerza gravitatoria que atrae hacia ellos todas las imágenes del éter. Nunca más se

ve en las pequeñeces tanto motivo para grandes esperanzas. Más tarde, le pareció a Anton que los años del crecimiento fueron una gran espera y un crecer sin ruido, unos pocos veranos cálidos y otros tantos cielos fríos en invierno, y siempre aquellos ojos tan abiertos que no dejaban escapar al mundo.

La farmacia de los abuelos la heredó su hijo mediano, el tío de Anton, cuando a ellos se les hizo excesivo el trayecto diario a la ciudad portuaria. A veces hacían los dos el viaje hasta allá, se ponían sombreros con borde plano y cortantes como cuchillas, visitaban a su hijo en la farmacia y se quedaban pasmados ante el mar oloroso a pescado, como si en el jardín y los parajes que lo rodean hubieran olvidado que existía. El mar les parecía amenazador y la ciudad fría y oscura, demasiado poco verde, llena de anclas y trompetistas, interminables hileras de casas y almacenes. Desde que eran viejos, la ciudad les sobrepasaba. Los abuelos parecían haber olvidado que una vez, como tantos otros hacen hoy, trabajaron en ella. Mucho tiempo fue para ellos una aventura a la que acudían y de la que regresaban por la noche con el cabello despeinado por el viento y pegajoso de la sal marina, cuyo olor aspiraban los niños anhelantes en cada abrazo.

El puerto a lo largo del cual les seguía gustando pasear rodeaba la ciudad como una abrazadera o una cenefa de piedra. Afuera se mecían los mástiles de los barcos como lengüetas de balanza. Se detenían exhaustos en el rompeolas, y se sentaban en los bloques de hormigón con las piernas colgantes, hablaban de su hijo con el que habían bebi-

do rápidamente un café, de pie, en la trastienda de la farmacia junto a los grandes armarios antes de que él volviera a desaparecer entre los ungüentos y los botes, y se sentían pequeños. Los viejos miraban hacia abajo la hondura del agua, y tan alto para arriba a los grandes barcos de contenedores en los astilleros que tenían que agarrarse los sombreros. Observaban cómo las prostitutas pintadas como papagayos asediaban los lugares de descanso de los marineros, y cómo las cocinas de los restaurantes del paseo marítimo tiraban al agua por encima de la calle barras enteras de pan, sobre las que caían las gaviotas, que luego vacilaban en el aire bajo el peso de su botín. Caminaban enlazados por la cadera y enfilaban la nariz al viento. Comían pescado finamente rebanado con sal y azúcar de una hoja de periódico mientras seguían caminando. Pasaban por los muelles y compraban limonada en polvo para los niños de casa. Miraban al pasar los escaparates de las pastelerías en las hermosas y amplias avenidas como en una televisión, y cruzaban a buen paso las grises ruinas industriales. Luego volvían contentos y aliviados a su jardín. Allí volvían a sentarse bajo los árboles con los demás, coleccionaban herbarios, criaban con gusto gallinas blancas de Sussex y cuidaban mano a mano el parterre de lilas y las plantas medicinales del huerto de hierbas con las que preparaban en invierno remedios naturales.

Cuando Anton se sentaba por la noche en el regazo de la abuela, ésta olía a mineral, a hierba amarga y a mantequilla fría. Se lavaba el pelo con vinagre y yema de huevo para que brillase. Durante el día, la abuela hundía en tierra tubérculos y cebollas con sus dedos nudosos, y por la

noche se ungía las manos hinchadas con zumo de limón y sebo de riñonada de ternera, y las enfundaba en unos guantes de lana que luego al abuelo le horrorizaban si ella le rozaba en la cama. El abuelo se levantaba con el viento cálido y podaba los arbustos y la parra silvestre pegada a la casa donde los niños solían colgarse como monos. Luego sujetaba en una mano un cigarrillo fino y en la otra una tijera roñosa que se abría y cerraba en el atardecer, hasta que la oscuridad era demasiado densa para cortarla. En la floración, el aire estaba saturado de olores peculiares y millares de insectos que se alzaban como un suave murmullo. La vegetación florecía descuidada y tropical. Azul celeste, azul eléctrico, naranja pálido, amarillo ciruela. Las aguileñas ardían a fuego lento. El acónito llameaba. En los barriles de agua de lluvia las ranas nadaban en el agua tibia, y, cuando se aburría, Anton miraba al suelo a través de las alas transparentes e iridiscentes de las moscas ahogadas. En el jardín de hierbas, los solidagos y milengranas crecían como si quisieran irse de la tierra. Había árnica y polipodio, menta piperita y hierba de San Juan que los niños desmenuzaban entre los dedos para pintarse heridas sangrantes cuando jugaban a los indios. En los rincones florecían las rosas de Alejandría de cinco pétalos y la abuela preparaba con sus hojas vinagre y té con los que se hacían gargarismos que ayudaban en las infecciones bucales. Siempre había males y dolencias, malestares y heridas numerosas entre tantos niños y mayores que era preciso curar. A las niñas les lavaba el pelo con agua de abedul que extraía de los árboles y, para aliviar las picaduras de abeja en verano, frotaba las hinchazones con sal gruesa y aplica-

ba en la piel las hojas de los cuchillos de cocina para enfriarla.

Cuando llegaba el otoño, crecían de repente grandes jarrones en la cocina llenos de zumo oscuro de bayas de saúco que debía proteger a los moradores de resfriados y gripes, y que se bebía suspirando para no provocar el disgusto de la abuela. Luego los niños se sacaban unos a otros las lenguas moradas, y rivalizaban durante semanas con la orina viendo quién coloreaba de un rosa más bonito el blanco de la cerámica.

Las hierbas del verano se recogían en viejas latas de botánico y luego se prensaban entre las hojas de los pesados libros de la sala de estudio, *Los hermanos Karamázov*, *Y lo que queda es el hombre*, viejos tomos ilustrados y *Tom Sawyer*. Una vez al año metían con gesto cuidadoso las plantas secas en la nevera nueva, y se congelaban los piojos de los libros y los escarabajos de museo que viven sin ruido en los herbarios.

Cuando en las últimas semanas de la estación cálida tormenteara y llovía con fuerza, y caían granizos como dados, se sacaban esas colecciones de plantas de donde estaban los diccionarios médicos y se leía en ellas como en libros ilustrados que recordaban el buen tiempo. Se permanecía quieto en casa durante días mientras fuera pasaba todo a la vez. Con cada temporal tenebroso se ensayaba el fin del mundo. Las tormentas barrían la tierra y hacían apiñarse a las personas bajo el techo del porche o en el gran salón de estar junto a la sala de farmacia. Los niños se sentaban en las viejas alfombras rojas del suelo y conducían los coches de juguete a lo largo de las cenefas como si

fueran carreteras. La vida habitual se suspendía y entraba en vigor una espera inevitable. Si había luz, se leía y jugaba a las cartas; si se cortaba la corriente, se ponían velas en torno a la larga mesa, y se bebía aguardiente de frutas con limonada o vino tinto con un chorrito de licor aperitivo. La lluvia caía tan densa y ruidosa que oscurecía las ventanas. Con esa lluvia, las moscas zumbaban y correteaban por la piel rechonchas y negras sobre sus patitas finas, hasta que se les daba un manotazo fallido y se posaban en la persona de al lado. Se quedaba uno mirando fijo a los rincones mientras el temporal sobrevolaba los campos y el jardín. Los pájaros vacilaban en la tormenta y se posaban oscuros y mojados en los árboles. Los candelabros oscilaban con la corriente de aire que entraba en casa por las rendijas de las ventanas y moría en las esquinas. Los truenos rodaban enronquecidos sobre los campos como si fueran grandes ruedas negras, y las flores más crecidas se doblaban como cerillas bajo la lluvia impetuosa, como observaba la abuela preocupada a través de los cristales. Si las horas de lluvia se le hacían largas, se sentaba en su sillón de orejas y balanceaba las piernas, daba vueltas alternativamente a las dos bolas del mundo que había en la sala de estar y tamborileaba con los dedos en la pequeña esfera armilar hasta que los anillos le resbalaban por las uñas descoloridas. Durante ese tiempo de espera encargaba toda suerte de tareas, tiraba de uno de los pañuelos que siempre llevaba metidos en la manga de su blusa y que perdía una y otra vez y enviaba a los niños de casa en busca del que había quedado traspuesto. Luego reunía al enjambre de niños y sacaba los pañuelos de los rincones y escondites. Era un juego pare-

cido a buscar los huevos pascuales. Luego daba las gracias, metía la nariz aunque no hacía falta y buscaba manchas al contraluz, mientras la lluvia regaba los cristales. Entretenía a los niños, levantaba en su regazo un rato a éste y luego al otro, representaba teatro de marionetas con los reyes de los naipes que tanto preocupaban a Anton por su mirada severa, el cuello recto y la lucha silenciosa entre ellos en el papel liso.

Los demás habitantes se comportaban con calma. Al resplandor de los relámpagos, las personas se veían como talladas en piedra, con rostros grises que miraban fijo a aquella tierra oscura y mojada que a sus ojos se transformaba en un paraíso terrible. Anton Invierno no se asustaba, pero entreveía la arbitrariedad de la naturaleza con cara de niño preocupado.

Tras la lluvia, la casa se despertaba a una nueva vida, y los habitantes se esparcían en todas direcciones, subían a su habitación o recorrían el jardín y el bosque para comprobar los daños. Las regaderas de hierro rebosaban agua y la tierra exhalaba un vaho como de té caliente. Afuera, los cuervos rondaban los campos de centeno empapados, y levantaban el vuelo cuando en la lejanía tronaba el tren o se levantaba de nuevo el viento.

Detrás de la casa, más allá del jardín, empezaba el bosque lleno de helechos verdes, prados de cuento de hadas y espíritus que seducían a los niños. En primavera chupaban los brotes tiernos de los alerces en el lindero del bosque, y masticaban las tiernas puntas verdes hasta que la cavidad bucal quedaba tan fresca como si acabasen de la-

vase los dientes. Se subían a los oteaderos sobre los claros del bosque y tiraban piñas de abeto a las nubes que pasaban y huían antes de que se hiciera oscuro. Todo lo que Anton Invierno sabía del bosque y la madera que dormía en él lo aprendió de su padre, que, por lo demás, no le enseñó mucho y a quien vio poco. Pero en sus paseos e incursiones a por madera, al hombre barbudo le gustaba llevar a los dos muchachos consigo, y les explicaba el misterioso mundo de las plantas y el de las maderas. Les enseñaba los nombres de los árboles, y los familiarizaba con los rostros solitarios de los cazadores enjutos que estaban solos ante sus chozas en medio del bosque y bebían café de tazas de hojalata, y con la primera mirada de un animal antes de que muriera. El padre era analfabeto, con unas manos tan grandes que apenas era capaz de sostener los pequeños libros de casa, pero construía instrumentos que sonaban como el viento en la hierba. El padre pertenecía a la tercera generación de constructores de violines, y cuando iba por el bosque veía en cada árbol un instrumento que podía despertarse de la madera. Para él, en los abetos y en cada arce dormían los violines que aún no había construido, y él debía levantarlos de esas cunas como hizo en su momento con sus hijos. A sus ojos, los árboles se enfrentaban en callada rivalidad. Amaba los troncos rectos y hacía una distinción estricta entre las plantas que crecían rápido en altura y aquellas que necesitaban muchos años para hacerse grandes. Cuanto más lento crecían los árboles, más juntos estaban los anillos entre sí, y de ese modo se convertían en madera acústica que era lo bastante densa para emitir los tonos con que se llenaban las cajas de reso-

nancia. Entre la madera y el hombre operaba un círculo mágico. Era como si la una pudiera convertirse en el otro en cualquier momento. Nada debía quedar como estaba. Todo era maleable, también en su función. El núcleo del mundo parecía ser un *nucleus movens* que se escondía una vez en una y luego en otra corteza. Anton se estremecía. Para el niño, aquello era un encantamiento. Primero se alzaban los árboles como hombres en el bosque, y después de que fueran abatidos en noches sin luna, el constructor de violines les modelaba otros cuerpos, los convertía en violines y les regalaba el talle de las mujeres, como si creara muñecas de madera. Primero los talaba, y luego les daba una nueva vida y un aliento fugaz. En la música había encontrado un amor que le quedaba en el recuerdo porque se le sustraía cada cierto tiempo y jamás permanecía. Si ése era su único amor, o si también amaba a su modo y manera a las personas y a los animales, a su mujer y a sus hijos, era algo de lo que Anton no estuvo seguro en su vida, y jamás lo averiguó. Tras los paseos, en casa desaparecía en su taller, y acariciaba cuidadosamente los cuerpos de los instrumentos en la pared con la misma ternura que si fueran una mujer. Cuando venía a cenar por la noche en el jardín o la casa principal, olía a colofonia, y de vez en cuando prestaba la resina que hace pegajosos los arcos de violín a los vecinos, que solían depilar con ella a los cerdos en la matanza. Era como un hombre del saco ante el que a uno le gustaría asustarse un poco, si él diera su aprobación. Nadie podía entrar en el taller, y ninguno de sus hijos vio jamás cómo construía un violín. Los instrumentos listos aparecían un día inesperadamente en la

sala de estar, donde los hacía sonar de prueba, y luego eran empacados en una caja de violín que se llevaba al día siguiente a la ciudad. Mucho de lo que hacía el constructor de violines lo separaba de su familia, de modo que Anton era más proclive y cercano a sus abuelos que a su propio padre.

Los abuelos enseñaban a Anton, el niño que sonreía y no hacía diferencia alguna entre vivo y muerto, y al que gustaba pasar el rato ante los fetos fósiles, todo lo que quería asimilar. Aparte de la ciencia de las hierbas medicinales y una noción básica de farmacia, lo familiarizaron con la cría de gallinas y el manejo de dichas aves que aletean sin cesar. Anton era un niño delgado con manos grandes y, al recoger los huevos detrás de casa, los abuelos se las llenaban como si fueran un tazón. Extraían los huevos aún calientes de los nichos o del culo de las gallinas con la punta de los dedos y andaban por los establos entre el batir de alas hasta que habían encontrado más de los que podían llevar. Al abuelo le gustaba hablar durante la búsqueda de la guerra, sus soldados y los años del hambre, y examinaba al trasluz de una linterna los huevos de las gallinas cluecas para apartar aquellos que presentaban sombras negras en la cáscara. Anton Invierno estaba sobre montañas de paja y sostenía los huevos con dedos temblorosos de aplicación. El examen al trasluz era un teatro de sombras que predecía el futuro. En los huevos fecundados se veían nítidas telarañas de arterias; en los vacíos, en cambio, un anillo cerrado flotando en la claridad. Primero se veía a la luz de la linterna una malla de vasos sanguíneos y luego, antes de que salieran los polluelos, se llenaban los

huevos con una pequeña burbuja de aire y una gran oscuridad que finalmente se abría paso a la luz en forma de avecilla. El niño solía estar plantado con las mejillas rojas y plumas en las manos ante los nidos, y miraba con ojos como platos cómo los huevos extraños y planetoides estaban en el suelo, cómo empezaban a hacer tictac cósmicamente, cómo nacían los agujeros de adentro afuera y se convertían en grietas, cómo las aves aún sin nacer se debatían en los huevos hasta que, agotadas, se quedaban en su cáscara rota y apenas se movían. El asombro que le sobrecojía entonces jamás disminuyó, ni siquiera mucho tiempo después de que Anton Invierno se fuera a la ciudad, donde criaba, en la terraza de un edificio, aves exóticas para los coleccionistas y los locos.

En toda niñez los viejos son indeciblemente viejos, y cada niñez es siempre la desesperación tardía de alguien. Cuando Anton pensó por primera vez en dejar el jardín y mudarse a la ciudad, los abuelos estaban ya en las últimas. Soñaban con la muerte como un hecho venidero, y querían morir cuando caían las últimas hojas de los árboles, o cuando en invierno la casa se cubría de nieve que llegaba a colarse por la ventana. Un día la muerte se convierte en un deseo silencioso en los repliegues del cuerpo humano. En la niñez de Anton, los viejos morían efectivamente muchas veces en otoño, cuando la tierra quedaba pelada y vulnerable, como si fueran frutos que finalmente se cosechaban y recogían. Mientras los niños crecían, ellos volvían a encogerse y se hacían pequeños para pasar a través de las rendijas por donde se puede dejar el mundo. En los

años previos a su muerte, los abuelos estaban como viejos lagartos correosos en el banco de madera en el jardín. Sus piernas flacas salían de las botas de caucho igual que las hierbas y ramas secas que sobresalían de las macetas del porche. Se iban convirtiendo en parte de lo que contemplaban. Una carcasa llena de experiencias sobre la que tronaba el mundo para dejar sus huellas finales. Se ajaban y florecían al mismo tiempo que las estaciones del año. Envejecían rápido y sin parar. Biología y tiempo, azar y decadencia, se depositaban en sus cuerpos, que servían a los demás como cronómetros donde podían leer cuánto tiempo había pasado. Contemplaban la luz del sol con miradas granuladas y los labios secos estaban descascarillados como el pan de oro que se suelta de las estatuas. En cualquier momento, el mundo les parecía lleno de espíritus y empezaban a confundirse mutuamente cuando tenían momentos lúcidos y se lo contaban entre sí. La percepción se convirtió en un contacto inestable con la realidad. Los abuelos, que se conocían de toda la vida, discutían muchas veces con encono sobre dónde estuvieron o cómo pasó algo, y con todo luego dormían juntos en la gran cama adonde los llevaban. Cuando se ponía el sol por las tardes en el jardín creían que se hundía el mundo entero. La abuela lloraba a veces cuando oía que decían que se convertiría en otra y no podía acordarse de quién fue ella en otro tiempo. Los viejos se olvidaban cada vez más de lo que pasó y no podían creer que después de cada noche viniera un nuevo día. Confundían los tiempos con los lugares y los pensamientos con sentimientos y hechos. Vivían desligados del mundo y sin embargo chocaban con él. Eran acordes caó-

ticos que resonaban en la armonía del jardín. Más allá del gran cariño, surgía una incómoda tristeza entre los miembros de la familia y ese roce penoso que nace cuando los consejos sensatos y experiencias de los viejos ya no sirven, porque los tiempos han cambiado tanto que ni siquiera se han dado cuenta, y ya nada es como era.

Anton observaba atentamente a la abuela en particular y se le quedaron grabados esos últimos momentos en que él estaba constantemente dispuesto a fijarla en su recuerdo definitivo si hiciera falta. Y le decía incansablemente que él la había querido, para que ella al menos no olvidara eso, como muchas otras cosas, y para mitigar su miedo a la muerte, no por ella, sino por él mismo. Los días en que nadie tenía tiempo para ellos, los viejos se quedaban callados como lámparas en el dormitorio y relucían a la luz del crepúsculo bajo sus pieles de pergamino.

Fue una niñez bendita en aquel jardín y aquella gran casa caprichosa a morir donde Anton Invierno estuvo tan familiarizado, y no aprendió otra cosa que a hacerse una gran persona y a ser al final tan pequeño como las demás, y a no tener ningún miedo de eso. Los niños, según parecía, no se asustaban de nada, de modo que les pertenecía todo, y sobre todo la vida. La estrechez y amplitud de la naturaleza eran experiencias insondables e impresionantes que encrespaban el liso carácter con el que se nacía. Anton Invierno pensaba luego con melancolía en los lugares de su crecimiento, el jardín, los prados con frutales, los campos de calabazas, los bosques por donde vagaba, la vieja mina a donde subía de la mano del abuelo y el amarillo

dorado del bizcocho que le esperaba a uno abajo cuando en verano regresaba cansado a casa. Esa oscuridad, y los paisajes conmovedores a donde uno regresaba para refugiarse una vez más en la protección de la casa y la familia, no pasaban con los años, pero quizá sí, cuando uno se hace mayor, la seguridad que los hace soportables.

Muchos años más tarde, cuando hacía demasiado frío para salir, Anton Invierno estaba en su vivienda en el último piso de un edificio en la ciudad y ordenaba con nostalgia las cosas que le habían quedado de aquel tiempo. Los recuerdos de los muertos atravesaban su mente conforme pasaban por su mano los objetos y posesiones. El amor a aquellas personas de su pasado seguía siendo lo bastante fuerte décadas más tarde como para colmarlo hasta rebosar. Cuando pensaba en el pasado, pensaba en el niño que fue y en los viejos. Estaba más próximo a ellos que a sus propios padres que apenas encontraba en sus recuerdos. Eran siluetas pálidas que se apoyaban en el fondo. Se acordaba de los veranos con los abuelos como de un reino de donde uno fue desterrado. Pensaba en los ranúnculos y en las albóndigas de albaricoque. En las flores de saúco grandes como la palma de la mano puestas en azúcar. En aquella abuela a la que querían todos y que, cuando zurcía vestidos y calcetines, les cosía sonriendo a los niños botones en el dorso de la mano, en la piel más superficial, para asustar a los pequeños desconcertados, y enseñarles que no dolía nada. Oía de nuevo la voz familiar que cantaba *La felicidad es un pájaro cuando viene volando a mí* en la cocina. Se acordaba de la luna y su belleza alarmante en la oscuridad, cuando la abuela señalaba por la

ventana al cielo antes de bajar las persianas en el salón. Invocaba una vez más las imágenes de los prados y le parecía ver cómo en el jardín las cabezuelas de los dientes de león y las cabezas de los abuelos se ponían primero blancas y luego quedaban calvas con el viento de los años. Cómo aquellas personas sanas con sus mofletes y sus dientes separados se encogían. Cómo se rajaban las manos coqueas de labrador y salían venas azules en el mármol de la piel descolorida de los viejos. Cómo todo se hacía viejo. Cómo muchas cosas desaparecían. Cómo murió el abuelo y estaban todos inclinados en torno a la fosa. Cómo la abuela se mudó a una pequeña habitación y horneaba sola pasteles donde se calentaba las manos. Cómo arrastraba consigo el aliento como si fuera una sombra. Cómo siguió enseguida al abuelo. Como relucía la colza en primavera bajo la niebla. Cómo humeaba el hielo cuando llovía en invierno. Cómo sólo quedaban aquellos paisajes indecibles, la luna y una ausencia determinada que ya no escondía aquello que uno podía amar impunemente. De niño, se ama mucho y apenas se hace uno cargo de la responsabilidad que eso conlleva. De niño, uno ama todas las cosas que están cerca, y más tarde hay que estar muy solo para amar. Anton se había convertido hacía tiempo en un hombre enjuto que no dormía porque los pájaros gritaban día y noche en la ciudad y el mundo se iba a pique. Y él volvía a amar por primera vez.